

Actuar en pro del trabajo decente para todos en todo el mundo

Juan Somavia

La crisis mundial ha puesto de manifiesto, una vez más, lo fundamental que es el trabajo decente para la vida de las mujeres y los hombres de todo el mundo, para la estabilidad de las familias y para la paz de las comunidades. Esperanzadoramente, la crisis también ha desencadenado decisiones valientes y decisivas para contrarrestar la recesión. Los dieciocho últimos meses, que han sido testigo del vuelco en el consenso económico reinante, nos han aportado enseñanzas muy útiles. Aceptar el reto de la crisis mundial del empleo requiere un concienzudo replanteamiento de las relaciones entre crecimiento y empleo. Lograr un nivel elevado de empleo productivo debería ser un objetivo del mismo orden que una inflación baja y estable y unas finanzas públicas sólidas.

El desafío mundial del empleo

Hoy la mitad de los trabajadores del mundo, que suman 3.200 millones de personas, tiene algún tipo de empleo vulnerable. Alrededor de 1.200 millones de personas trabajan y viven en condiciones de pobreza. De cada diez personas, sólo dos tienen acceso a protección social básica. Esta crisis ya existía antes de esta última crisis mundial.

Durante la gran recesión el empleo cayó aproximadamente un 1 por ciento. En el mundo hay 212 millones de personas desempleadas que buscan trabajo. De cada cinco personas sin trabajo, dos son mujeres y hombres jóvenes de entre 15 y 24 años de edad. En muchos países el número de personas desempleadas desanimadas de buscar activamente un trabajo, así como las que trabajan voluntariamente a tiempo parcial, han aumentado drásticamente. En los países emergentes y en desarrollo los empleos asalariados perdidos han sido sustituidos por empleo informal de peor calidad. En todos los países la tasa de crecimiento de los salarios reales ha disminuido considerablemente, o se ha producido una situación de estancamiento o disminución de los salarios.

En los países emergentes y en desarrollo los empleos asalariados perdidos han sido sustituidos por empleo informal de peor calidad

Las perspectivas para el futuro auguran que durante los diez próximos años será preciso crear unos 440 millones de empleos nuevos en el mundo sólo para seguir el ritmo del crecimiento de la mano de obra.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que el mundo tiene ante sí un desafío enorme, el desafío del empleo.

Promover respuestas básicas a la crisis

Se han utilizado con resolución políticas fiscales y monetarias para contrarrestar el desmoronamiento de la actividad económica de finales de 2008. Por lo general, los gobiernos han seguido las recomendaciones del FMI de invertir el 2 por ciento del PIB en gasto fiscal anticíclico. Esta financiación adicional disminuyó en 2010.

En junio de 2009, la Conferencia Internacional del Trabajo adoptó el Pacto Mundial para el Empleo con un fuerte apoyo de los gobiernos, los empleadores y los sindicatos de los Estados Miembros de la OIT. Básicamente, el Pacto es un modelo para las políticas laborales, sociales y de empleo, basado en el Programa de Trabajo Decente y concebido para contrarrestar los efectos de la crisis. Ha inspirado y sigue inspirando a muchos países. Su objetivo fundamental es acortar lo máximo posible el intervalo observado en muchas crisis anteriores entre la recuperación económica y la recuperación del empleo.

El Grupo de los G-20 ha conferido un fuerte impulso a la coordinación internacional. Durante 2009, en reuniones celebradas en Londres y en Pittsburgh, los dirigentes del G-20 reconocieron el considerable impacto que la crisis estaba teniendo en el empleo. Se comprometieron a no cejar hasta que «la salud de la economía mundial se hallase plenamente restablecida» para que «las familias trabajadoras de todo el mundo pudiesen encontrar trabajos decentes». Con este fin, reclamaron un «marco orientado hacia el empleo para el crecimiento económico futuro» comprometiéndose a situar los «empleos de calidad en el epicentro de la recuperación».

Las respuestas a la crisis han incluido la ampliación de las prestaciones de desempleo, una mayor cobertura de los programas de protección social, un aumento del gasto en infraestructuras, apoyos a las pequeñas empresas y una serie de medidas, desde ajustes a las horas de trabajo a subsidios de empleo, para amortiguar el impacto de la contracción del mercado de trabajo. La OIT ha estimado que, entre 2009 y 2010, los estímulos fiscales extraordinarios y los estabilizadores automáticos han ahorrado o creado 21 millones de empleos en los países del G-20, el equivalente a un 1 por ciento del total del empleo de estos países.

Acelerar la recuperación del empleo

Han transcurrido más de dos años desde la quiebra de Lehman Brothers y el mundo se está recobrando gradualmente de la recesión, pero a ritmos muy distintos y con el riesgo cada vez mayor de que la recuperación general del empleo sea débil. Acelerar la recuperación del empleo sigue siendo una prioridad absoluta.

Los países emergentes y en desarrollo se están recuperando con más rapidez; de hecho, en el tercer trimestre de 2010 el crecimiento del empleo ya se acercaba a niveles previos a la crisis. Estas economías, y unos pocos países industrializados, se están beneficiando del fuerte crecimiento que está registrándose en China. Por lo general, han evitado una crisis financiera con el crédito bancario como instrumento anticíclico clave. El Brasil, China e India se enfrentan a una escasez de mano de obra calificada, que exigirá mejores políticas para vincular la educación y formación profesionales a las necesidades de las empresas. El desafío clave que confrontan estos países para mantener su crecimiento es el aumento gradual de la calidad de la mano de obra, el camino más directo para aumentar el consumo doméstico. Para ello es preciso contar con una serie de medidas, desde políticas del mercado de trabajo a protecciones sociales más amplias, así como con una mejor conexión entre los aumentos de productividad y los salarios.

En 2010 y en los próximos años, es muy probable que en los Estados Unidos, Japón y Europa el crecimiento sea demasiado débil para que el empleo se recupere con rapidez. Aunque el desempleo puede haber alcanzado su nivel máximo, es probable que se mantenga elevado durante algunos años. Existe un riesgo real de que el desempleo de larga duración deje secuelas en las personas. Puede ser útil aplicar medidas orientadas específicamente al empleo, como los subsidios especiales, el desarrollo de capacidades y la ayuda en la búsqueda de trabajo. Incluso en países con limitaciones fiscales resulta rentable aplicar medidas de este tipo.

Una de las razones por las que la crisis ha durado menos en los países emergentes que en los de mayores ingresos es el funcionamiento de los mercados del crédito, que se extendieron en los primeros y se contrajeron en los segundos. En los países avanzados, el crédito bancario a la economía real sigue muy por debajo de los niveles anteriores a la crisis, frenando el crecimiento del empleo en las pequeñas empresas.

Cambiar nuestra perspectiva del crecimiento económico, del empleo y del trabajo decente

El desafío mundial que plantea el empleo nos afecta a todos. La OIT está desempeñando su papel, en estrecha colaboración con las organizaciones de empleadores y el movimiento sindical, y otras instituciones mundiales como

el FMI, el PNUD, la OMS y la OMC, para alertar a los gobiernos sobre la importancia de aplicar respuestas equilibradas que combinen empleo, inversiones, empresas sostenibles, instituciones del mercado de trabajo, diálogo social y protección social, y movilizarlos al respecto.

Por una serie de razones objetivas, vinculadas al grave impacto social de esta crisis, como el modelo insostenible de la globalización y la geografía cambiante de la producción mundial, se está fortaleciendo el apoyo al Programa de Trabajo Decente desde las más altas esferas políticas, en instituciones mundiales, regionales y nacionales y en la opinión pública. Esta aceptación amplia y alentadora se traduce cada vez más en cambios de política tangibles. Pero es necesario mucho más.

Para que el mundo pueda afrontar este desafío mundial, debe cambiar su percepción de cómo la política económica aborda la cuestión del empleo. Un nivel alto de empleo productivo y trabajo decente debe convertirse en una prioridad nacional y contar con el mismo consenso, en todas las políticas gubernamentales (bancos centrales incluidos), que la inflación baja y las finanzas públicas solventes. Las políticas de empleo son rentables, puesto que tienden a aumentar el nivel de producción potencial, reducir el gasto social compensatorio y mantener la estabilidad social.

Cambiar nuestra perspectiva es responsabilidad de todos. Es preciso abordar de otro modo algunas cuestiones críticas y persistentes si no queremos encontrarnos de nuevo inmersos en el mismo modelo insostenible de globalización de antes de la crisis.

Permitanme referirme a algunas de ellas. En un mundo que rebosa liquidez, las inversiones productivas son demasiado escasas.

***En un mundo que rebosa
liquidez, las inversiones
productivas son demasiado
escasas***

insuficiente. La financiarización de la economía está distorsionando la economía real. Estas distorsiones están afectando a las inversiones y al empleo. La mayor desigualdad y el debilitamiento de las clases medias se han señalado como causas directas de la crisis. La proporción salarial del total de los ingresos está disminuyendo a escala mundial, con los salarios a la zaga de los aumentos de productividad. Las políticas fiscales son ahora menos progresivas. Estas tendencias unidas están debilitando la demanda global y con ello el crecimiento futuro. Las pequeñas empresas son el motor de la generación de empleo, pero batallan para poder ofrecer condiciones de trabajo dignas. La contribución de las instituciones de diálogo social al trabajo decente son de muy diversa índole. Un mínimo universal de protección social básica es un objetivo viable. Los responsables del erario público deben estar convencidos de las múltiples ventajas de una

protección mínima de estas características, desde un nivel menor de pobreza hasta una menor inestabilidad del consumo o la habilitación de las personas. Los incentivos y las inversiones en empleos verdes y en una transición justa hacia una mayor eficiencia energética son las simientes de un crecimiento sostenible para el futuro.

En la OIT, una globalización equitativa que brinde oportunidades para todos es el mejor camino hacia un crecimiento y una estabilidad sostenibles a escala mundial. En recientes discusiones de la Conferencia Internacional del Trabajo se está perfilando la OIT como la principal fuente desde donde «adoptar una perspectiva diferente», sin olvidar nuestros propios valores a la hora de equilibrar los avances económicos y sociales. Profundicemos un poco más y amplíemos nuestros análisis y discusiones.